
Documento 9: "La cátedra de Higiene" por Zacarías J. Strauss, *Ideas*, nº 15, setiembre de 1917, p. 96-97.

LA CÁTEDRA DE HIGIENE FACULTAD DE MEDICINA

En la Facultad de Ciencias Médicas funciona desde hace muchos años una cátedra de Higiene, fundada por un médico ilustrado, el doctor Rawson. Fue honrada después por el doctor Julio Méndez. Salvo estas dos figuras representativas, los anales de la cátedra de Higiene carecen de todo interés, como si no existieran.

¡La Higiene! Importante y útil materia, dirá el lector. Así es; ella puede dar lustre y relieve al profesor que sepa dictarla, planteando los grandes problemas higiénicos que preocupan a todas las naciones; y en un medio donde todo está por hacerse, como el nuestro, el lustre y el relieve pueden adquirir proporciones poco comunes.

Sin embargo, lector, la higiene lleva entre nosotros una vida lánguida y vegetativa, entregada a manos que conocen a las mil maravillas el arte de transformar las nociones más útiles y agradables en las nociones más supérfluas y soporíferas. Los que hace ya algún tiempo que la aprobamos, hemos interrogado a algunos jóvenes que la cursan, preguntándoles cómo se la dicta ahora y pudimos comprobar así que todo continúa como era entonces. Habrá, el lector, leído que todo cambia, que todo se transforma, que hasta las piedras evolucionan. A los partidarios de esas peregrinas teorías, le opondríamos en forma interrogativa, una objeción de consistencia granítica (modestia a un lado): ¿acaso los catedráticos de Universidad tienen la inconstancia de las piedras?; por ventura, ¿evolucionan todos los profesores de Universidad?

Volvamos a la Higiene, paciente lector. La Higiene es una materia hecha de retazos: de todos los conocimientos toma algo: de la Bacteriología, de la Química, de la Física, de la Fisiología, de la Terapéutica, de la Clínica, de la Biología, de la Economía Política, de las Ciencias Sociales, de la Estadística, de la Legislación, de las Matemáticas, de la Ingeniería y de otras más. Uniendo hábilmente todos esos retazos la Higiene adquiere personalidad propia destacada y vigorosa. Una materia de esta índole tiene en la Facultad de Medicina, además

de su importancia intrínseca, un interés pedagógico: suministra al alumno una cantidad de nociones respecto de materias que son estudiadas en otras Facultades; es una ventana abierta a horizontes más amplios, es una ocasión preciosa para contemplar como se unifican y complementan los conocimientos, artificialmente fragmentados por las necesidades de la didáctica. Las cosas en los dominios de esta ciencia deben verse con un criterio superior al exclusivamente médico, por lo común muy cerrado y estrecho.

Para ello se necesita saber algo más que medicina. “Más vale prever que curar”, dice un adagio popular; prever, no sólo los males individuales, sino los males sociales. La Higiene vieja sólo atendía a los males individuales. La Higiene nueva se preocupa de los males sociales. Los tratadistas modernos le consagran capítulos nutridos. ¡Sólo en la Facultad de Medicina de Buenos Aires se ignora sistemáticamente la nueva Higiene! En su lugar, se enseñan cien docenas de aparatos, viejos e inútiles casi todos, para depurar agua, leche, tierra, aire, etc., como si esa fuera la misión asignada al médico. Tras esa ruidosa hojalatería se esconde un criterio higiénico tan amplio en el fondo como el de cualquier ama un poco educada.

La Higiene tal como se enseña, no presta ningún servicio útil: está de más en el plan de estudios. Sólo rendirá frutos en manos de un médico ilustrado, que no desconozca la economía, las ciencias sociales, la legislación, un médico, en una palabra, amante sincero del saber, con conocimientos enciclopédicos bien asimilados. Actualmente está en manos de uno que ha sido Decano de la Facultad de Agronomía y Veterinaria.

Zacarías J. Strauss